

TATO YOUNG

**EL LIBRO
NEGRO
DE LA
JUSTICIA**

**LA LÓGICA DEL
DEDO EN EL GATILLO**

TATO YOUNG

EL LIBRO NEGRO DE LA JUSTICIA

La lógica del dedo en el gatillo

Espejo de la Argentina  Planeta

Antes que nada

El concepto de «El dedo en el gatillo» se gestó en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Tras la caída del nazismo, el mundo quedó partido en dos grandes bloques encabezados por los Estados Unidos y la Unión Soviética, que nunca ocultaron su desconfianza recíproca y pronto comenzaron a prepararse para un eventual enfrentamiento armado. Los misiles de uno y otro lado del mundo se fueron acumulando. Misiles apuntaban hacia Washington; misiles apuntaban hacia Moscú. Misiles apuntaban contra Alemania Oriental; misiles apuntaban contra el otro lado del muro que había quebrado a la Alemania derrotada. Curiosamente, la estabilidad del mundo dependía del equilibrio entre la amenaza que se ejercía en los opuestos.

El dedo en el gatillo suponía un temible riesgo, pero al mismo tiempo garantizaba que ninguno de los dos lo apretara a fondo, porque matar al otro significaba tam-

bién un suicidio. Durante años la paz mundial se sostuvo en ese sensible estado de alerta contenido. Cuando todo parecía moverse, nada lo hacía.

María era, antes y después, una sobreviviente. ¿Acaso no era esa la primera de sus virtudes, la que explicaba sus tantos tropiezos y su pavorosa capacidad para reconstruirse? Pero los más de cuarenta años que llevaba ejerciendo como jueza de la nación, las décadas que arrastraba administrando los tejidos más misteriosos de la política, buscaban a su pesar una hora de clausura.

Era diciembre del año 2016. El país llevaba largos meses buscando un rumbo de aparente cambio. Y ella, según creían muchos, empezaba a ser parte del pasado. La cita había sido pautada dos días antes a través de un camarista que hacía de intermediario. El presidente de la Corte la esperaba a la hora precisa y María, que nunca lograba llegar a tiempo, por esta vez había sido puntual. El despacho de Ricardo Lorenzetti quedaba en el cuarto piso del Palacio de Justicia. Ma-

ría tenía el suyo en planta baja, así que solo tuvo que caminar unos metros hasta el ascensor especial para los cortesanos y dejarse llevar hasta una galería interna decorada por los retratos principescos de los viejos ministros de la Corte, todos hombres de trajes oscuros que miraban con la seriedad que imaginamos que no tenían. El despacho en sí era algo caótico. Un enorme espacio con las paredes recubiertas con una *boiserie* de roble oscuro, por el que había que moverse entre dos amplios escritorios, varios juegos de sillones y armarios dispuestos con cierto aire laberíntico. Lorenzetti habitaba ese territorio hacía tiempo y se movía con la comodidad de quien se sospecha su dueño absoluto. Tenía motivos para sentirse así. No solo conducía la Corte casi a su gusto desde hacía una década, sino que pulseaba con los otros poderes del Estado como nadie lo había hecho desde que la memoria dejaba rastros. El presidente; los ministros; los gobernadores; diputados y senadores oficialistas y de la oposición; miembros consejeros de la magistratura. Más temprano que tarde, todos acudían a su consejo o a su auxilio, como también lo hacían sus pares de la Corte y los jueces de las Cortes provinciales y los camaristas de todo el país. Las limitaciones de su poder se encontraban más lejos: en los juzgados inferiores, los de primera instancia, aquellos por donde se iniciaban los procesos en búsqueda de aparente Justicia y donde se lidiaba día a día con las realidades que, para la Corte, eran asuntos a analizar en un futuro que los convertía

muchas veces en algo abstracto. Los que obsesionaba a Lorenzetti eran los Juzgados federales penales de primera instancia. Eran doce Juzgados, no más. Pero eran los más importantes del país y al mismo tiempo los más desprestigiados. Ahora estaban desbandados, sin dueño. Aunque también en pugna. Como la mismísima María.

¿Para qué quería hablarle el jefe de los cortesanos? Un mes antes se habían reunido en ese mismo despacho, una tarde similar, pero con un testigo de la cita, el hombre que solía hacer de nexo entre ellos. Aquella vez había sido todo muy diplomático. Lorenzetti sabía que María rumiaba insultos contra él porque lo imaginaba responsable de una serie de movimientos que estaban perturbando a su hijo mayor, Juan Carlos Cubría, a cargo de la administración del Consejo de la Magistratura. El hijo de María tenía un cargo muy importante en la logística del Poder Judicial y llevaba un largo período de conflicto con la Corte. Pero Lorenzetti se había declarado prescindente y le había jurado que de ninguna manera quería el puesto de Juan Carlos. María se preguntaba ahora qué había cambiado entre esa cita y la actual.

Se sentaron frente a frente en los sillones forrados en cuero. Los celulares, como era costumbre, habían sido apagados y dejados a resguardo de los encargados de seguridad de la Corte, en la puerta de acceso al despacho. El silencio, incómodo para ambos, apenas se ensuciaba por el leve zumbido de un viejo aire acondi-

cionado y un lejano rumor a tránsito que llegaba desde los ventanales cerrados a la calle. Lorenzetti agradeció la visita, celebró la posibilidad de intercambiar ideas y de hacerlo con la franqueza que mejor le cabía a dos personas adultas. Vestía un impecable traje gris, con corbata en el mismo tono colgando de una camisa blanca. Llevaba ya varios años sin bigotes, pero sus interlocutores los seguían viendo allí, gruesos sobre los labios. Mantenía con singular éxito la sobriedad del que conoce cada palabra que va a decir y nunca perdía el tono altisonante de quien da un discurso ante un gran auditorio. A María, en cambio, se la notaba nerviosa. Algo raro en ella, pero no podía ocultarlo y casi no emitía palabra. El asunto de su hijo la inquietaba, le dolía en las tripas. ¿De eso quería hablarle Lorenzetti? ¿O del futuro de María?

Dijimos que no hubo testigos de la reunión. Que se quedaron a solas, una tarde de diciembre, en uno de los rincones más sensibles de la vida institucional del país. Falta agregar que no se querían nada. Que se desconfiaban. Y que esa reunión no podía acabar bien, jamás. Los dos dieron sus versiones, cada cual a su manera. Lorenzetti iba a describirlo como un encuentro normal, de dos funcionarios que administran su oficio y su temple, que pudieron expresarse libremente sobre el devenir del tiempo y de la vida, sin definiciones de ningún tipo. María, en cambio, recuerda la cita como un terremoto. Salió del despacho en silencio, aturdida, caminando con más dificultad que de costumbre, sin

mirar hacia ningún lado. En su versión, Lorenzetti le pidió la renuncia de su hijo Juan Carlos del Consejo pero también le sugirió la suya. En su versión, Lorenzetti le recordó que ya había transgredido y por mucho el límite de edad de los jueces, la indómita barrera de los 75 años, y que la Corte se preparaba para emitir un fallo exigiendo la jubilación de aquellos «excedidos» en edad. Decirle eso o tirarle una granada era más o menos lo mismo. A ella, que se creía invencible y pensaba retirarse no antes de cumplir los cien años. En ese momento María tuvo la tentación de escupirle todo lo que pensaba en la cara. Y estuvo a punto de hacerlo. Pero si algo había aprendido en su larga carrera era sobre el poder de la pausa. Sobre la capacidad constructiva de la paciencia.

María usaba uno de sus trajes preferidos, hechos a su pedido por la modista de siempre, un elegante conjunto celeste que la hacía verse como una rica dama de beneficencia. Advirtió de pronto que no había soltado su cartera en toda la charla. Era una cartera pequeña y la llevaba colgada del hombro derecho. Traspasó absorta el umbral del despacho del presidente de la Corte, caminó hacia el ascensor, bajó hasta la planta baja y se retiró por la puerta principal del Palacio de Justicia. Ya caía el sol y la escalinata de acceso estaba vacía de abogados, ordenanzas y demás actores secundarios. Bajó los escalones sin mirarlos, porque después de tantos años tenía automatizados los movimientos de los pies, incluso ella, que ya sufría en sus caderas

el peso del tiempo. La cartera seguía allí, colgando de su hombro. El peinado era rígido y dejaba traslucir algo del rubio intenso que supo tener. Sus enormes anteojos negros ocultaban la expresión de su cara, de por sí enrarecida por las muchas cirugías que le habían ocultado arrugas y sutilezas. Estaba aturdida de la rabia, como tantas veces.

Sobre la vereda la esperaba su custodio, un fortachón sin nombre que le abrió la puerta de atrás de un portentoso auto de color azul petróleo. María ingresó al asiento trasero en silencio. Bajó la ventanilla y dio una última mirada al espléndido Palacio mientras el auto arrancaba y se sumergía en el tránsito alocado de Buenos Aires. Treinta cuadras la separaban de su departamento de Coronel Díaz y Santa Fe. En una ciudad convulsionada por protestas callejeras y en el horario del cierre natural de la jornada, el trayecto era lo suficientemente lento para darle a María el tiempo necesario para repasar lo que acababa de ocurrir. Le gustaba ese espacio para pensar. Le gustaban los rincones silenciosos. Recostada sobre el cuero del asiento y levemente inclinada sobre la puerta, comenzó a reconstruir la charla y los meses que la habían precedido. Eran tiempos de cambio; turbulentos. Algo se estaba sacudiendo en la Justicia y ella estaba en el centro mismo de ese temblor. No era Lorenzetti, lo sabía. No era «solo» Lorenzetti. Lo que estaba ocurriendo es que había cambiado el Gobierno, la conducción política del país, y los resortes del poder debían reacomodarse.

Después de doce años de un gobierno peronista, de una larga sociedad entre esa dirigencia y los tribunales federales, se había provocado un vacío que debía ser ocupado por nuevos actores. ¿Pero acaso no contaban con ella para la nueva etapa? ¿Acaso no respetaban sus servicios prestados durante tantos años?

El chofer debió rodear un piquete de Callao y Corrientes y esquivar una protesta de estatales frente al Ministerio de Educación. Los entuertos callejeros de cada día demoraron la marcha en la avenida Coronel Díaz. Finalmente llegó a casa.

¿Qué iba a hacer ahora?

¿Había llegado la hora de darse por vencida?

María subió hasta su departamento, donde la recibió Mónica, como cada vez. Mónica era su empleada y amiga y asistente desde hacía veinte años, una mujer servicial y silenciosa que la conocía mejor que todas las lechuzas que la rodeaban. Le recibió el saco, le retiró la cartera (por fin) y la acompañó hasta el living, donde María se sirvió whisky hasta la mitad precisa del vaso de cristal y se sentó en su sillón preferido, de cara a la ventana cubierta de las ramas viejas de los árboles de la avenida, a las que miró y observó como si fuera la primera vez, como si no viviera en ese mismo sitio de la ciudad desde hacía más de treinta años. Cuánto meditó lo que estaba por hacer no podemos saberlo. Cuánto tiempo hacía que lo venía planeando, tampoco. Luego de un largo silencio le pidió su celular a Mónica.

Y empezó a marcar.

Minga que se iba a rendir.

Ahora iban a conocer el poder de su fuerza.

2.

Por qué empezar por María.

Porque es la más antigua de las juezas federales.

Porque es la más temida.

Porque es la única mujer.

Porque fue la primera que llamó la atención de todos.

Porque tiene a los partidos políticos bajo sus pies.

Porque ama el poder.

Porque lo entiende.

Porque nos llevará, si es posible, a entenderlo.

María Romilda Servini, de ochenta años, viuda, madre de dos hijos varones, abuela por tres. Profesión: escribana, abogada y jueza nacional. Ya la iremos conociendo en detalle, pero por ahora alcanza con saber que es distinta a todos sus colegas.

Porque no es ladrona, como muchos otros.

Porque no es honesta, como muy pocos.

Pero en especial, porque los ha sobrevivido a todos y conoce mejor que nadie la pócima de la permanencia.

En el camino, la historia de un país. Dio el primer gran paso con Isabel Perón, convivió con los militares, hizo escuela con Alfonsín, se hizo mediática con Menem, usó a Duhalde, maldijo a De la Rúa, negoció con los Kirchner y empezó por seducir a Macri hasta que todo estalló por los aires. Los Presidentes fueron pasando; ella sigue. ¿Y ahora? ¿Por cuánto tiempo? Y lo más inquietante: ¿qué oscuridades nos mostrará el abismo al que se dirige su carrera?

Al momento de su reunión con Lorenzetti yo llevaba poco más de un año investigando y escribiendo sobre ella. En realidad, llevaba muchos años rondando un relato sobre el derrumbe moral de los tribunales federales, pero hacía un año que había decidido que ella debía ser el personaje central de la trama. Las razones eran muchas, pero la principal era que María contenía una complejidad que la hacía diferente a sus pares. A lo largo de su historia, en su amplísimo recorrido, no había sido una misma mujer sino muchas y había en ella una capacidad de adaptación y de resiliencia que no permitían una mirada inequívoca sobre lo que en realidad era. Cuando Lorenzetti le advirtió sobre su posible jubilación forzada, yo la había visto en varias ocasiones, me había entrevistado con decenas de sus amigos y de sus enemigos y había comenzado a sospechar la naturaleza de ese «algo» que le había permitido la supervivencia. Desconocía, sin embargo, la magnitud de esa capacidad y la dimensión de su voluntad, que por momentos la dejaba y la iba a dejar al borde de la mismísima locura. María estaba ingresando, en ese exacto

momento, en una batalla que estaba resquebrajando a buena parte del Poder Judicial y que iba a llevarla a exponer todos sus recursos, incluso aquellos que no deben ser exhibidos. Pronto me tocaría verla en acción, en pleno movimiento, tanto a ella como a sus contrincentes, que veremos en cantidad. Y será en la batalla donde quedarán en evidencia las fórmulas secretas de un sistema de poder que trasciende a generaciones de políticos y los subleva y los somete, al mismo tiempo que se subordina a esas generaciones de políticos. La reacción de los actores de la confrontación iba a ser decisiva y prometía ofrecernos el espectáculo del poder en su totalidad. ¿Qué iba a hacer María ante la amenaza de su retiro? ¿Qué Lorenzetti? ¿Qué los muchos otros que iban a cruzarse en esta trama? Para empezar, es el juego de siempre, el juego de la selva. No es la mansedumbre lo que define a las bestias, sino su capacidad de atacar y de defenderse, dos acciones que no siempre hay que pensar por separado.

3.

Son doce. Doce jueces para controlarlo todo. Doce jueces y nada más que doce. En lo formal, jueces nacionales en lo criminal y correccional federal con asiento en la Ciudad de Buenos Aires. Tienen la competencia y la obligación de investigar y perseguir los delitos federales, como el narcotráfico, la falsificación de documentos públicos, las estafas contra el Estado nacional y, por supuesto, lo más trascendente para ellos, los hechos de corrupción de los funcionarios públicos y de los privados que corrompen a los funcionarios públicos. Doce, dijimos. Solo doce. Ningún otro juez del país puede meter preso a un ministro o a un secretario de Estado que se haya robado la caja pública. Son casi mil los jueces nacionales, pero solo ellos, Los Doce, concentran la misión y la responsabilidad de indagar en la honestidad de los máximos dirigentes políticos del país. Si algún funcionario público se roba un expediente o un Ministerio entero, será uno de esos doce jueces el en-

cargado de investigarlo y de intentar probar su delito y de meterlo preso. En el inmenso universo del Poder Judicial hay jueces civiles, comerciales, jueces para atender contravenciones menores, jueces para lidiar en los conflictos entre empresas, para resolver los entuertos laborales, hay jueces para todos los conflictos humanos posibles. Pero solo doce tienen la facultad de investigar al poder central. Solo ellos tienen la potestad de aplicar la vara moral dentro del Estado de un país que arrastra una inusitada crisis en su escala de valores y códigos. Rodolfo Canicoba Corral, Claudio Bonadío, Ariel Lijo, Daniel Rafecas... y por supuesto, María. Algunos son muy conocidos por la mayoría de los argentinos, otros no tanto. La influencia que ejercen es, casi con seguridad, excesiva.

Vamos ahora a iniciar un viaje.

Hacia el corazón de esa pedazo de la Justicia de la que se habla más de lo que se la conoce. Hacia ese rincón del país que no alcanza a ser iluminado, pese a que sus protagonistas se han ido acostumbrando a ser nombrados en las tapas de los diarios, en la tele, en las radios, en los medios digitales, en las redes sociales.

Vamos ahora a iniciar el viaje.

Hacia Los Doce.

Y en particular, hacia el misterio de esa mujer.

Debemos empezar por situarla en su lugar de privilegio. María Servini lleva mucho tiempo viviendo con un sueldo de lujo (unos 15 mil dólares por mes), en un puesto jerárquico que se prevé vitalicio, a cargo de no menos de 300 empleados, con choferes a disposición,

custodios a sus órdenes, con treinta días de vacaciones en verano y dos semanas en invierno que suele usar para viajar hacia donde se le dé la gana de cualquier lugar del planeta. Sicilia, Tel Aviv, Barcelona, Roma, Nueva York, Río de Janeiro. A dónde le plazca, cuando se le da la gana. Es rica. Es poderosa hasta niveles que nos costará entender. Hablaremos de ella, hablaremos con ella. La llamaremos María, a secas.

Yo la vi por primera vez en sus años de conquista y consagración. Todavía no era periodista sino el empleado de más baja categoría de un juzgado federal vecino al suyo. Era pinche, como le dicen. Años 89, 90, 91. El jovencito que llegaba primero al juzgado, el que abría la puerta y atendía a los abogados tempraneros que golpeaban la tabla de madera de la mesa de entradas de los juzgados esperando una atención que pocas veces los dejaba satisfechos. En ese tiempo los juzgados federales de la Capital estaban distribuidos en el quinto piso del Palacio de Tribunales, un monumental edificio gris construido a principios del siglo XX y asentado en el centro de Buenos Aires, en una curiosa y sugerente conexión a través de una avenida diagonal con la Casa Rosada. Todavía eran solo seis juzgados federales, cada uno con tres Secretarías, cada una de ellas con unos veinte o treinta empleados. No existía Internet, los escritos se redactaban en máquinas de escribir, se numeraban las páginas con lapiceras azules y los expedientes se guardaban cosidos a mano, la tarea más zonga de todas y que se nos asignaba a nosotros, los pinches. Ya iremos conociendo de ese submundo, que poco ha cambiado a

pesar de las tecnologías que revolucionaron el planeta menos a ese microclima donde María fue construyendo su reinado. Ella tenía cincuenta años y era todavía sensual e inquietante. Una belleza particular, sostenida en las líneas rectas de sus facciones, en su cabello lacio y rubio, en sus piernas largas, en una mirada profunda de ojos claros, pero, sobre todo, especialmente, una belleza que inspiraba sexualidad, acaso arrastrada por infinidad de rumores que le atribuían amantes bajo el escritorio o en los pasillos. Ella llegaba a Tribunales no antes de las 9, cuando los pasillos del Palacio ya estaban repletos de empleados rasos, de abogados y de reos que eran llevados esposados desde la alcaldía del subsuelo a los despachos donde iban a jugarse la vida. La entrada principal del Palacio de Justicia lleva a una gigantesca galería de techos elevados donde se destaca la clásica figura de la Justicia, una figura femenina con los ojos vendados porque se supone ciega a la hora de diferenciar entre distintas almas ya que, está escrito, todos debemos ser iguales ante la ley. Pero María siempre se quiso especial y no usaba esa puerta. Ya entonces, como hasta hoy, se dejaba llevar por su chofer personal hasta una entrada lateral del Palacio, sobre la calle Tucumán, desde donde subía una escalinata y otra más hasta su despacho principal, que todavía conserva, uno de los más grandes despachos del Palacio. Para los jóvenes que recién empezábamos a trabajar en Tribunales, María representaba una figura intimidante. Se la veía seria, elegante, se la sospechaba lejana, se la sabía demasiado ambiciosa, se la intuía letal. María ya cargaba con el es-

tigma que con el correr de los años iba a marcar a todos los de su especie: la complicidad con el poder político. Porque María era eso, básicamente: una jueza de la política, si cabe, dedicada a lidiar con los políticos y tal vez protegerlos, como iba a ver todo el país cuando estalló el primer escándalo que la hizo visible. La clave de su fuerza residía especialmente en su doble juzgado. Porque además de estar encargada de perseguir el crimen federal (como sus colegas), María ya era jueza federal con competencia electoral, un cargo que le permitía mediar en los conflictos entre partidos políticos y ser la primera en revisar las contiendas electorales. Ya en ese tiempo, durante los primeros años del menemismo, desfilaban por su despacho electoral los apoderados de los partidos, los candidatos a diputados, a senadores y a presidentes. Todos los políticos, tarde o temprano, debían acudir a esa puerta de doble hoja, de madera antigua, que era la antesala al despacho más sensible del Palacio. Todos, tarde o temprano, debían golpear esa puerta y pedirle algo. Ya veremos la dimensión de lo que significa ser jueza electoral en un país como el nuestro. Por ahora alcanza con saber que era el cargo más codiciado por sus pares y uno de los motivos por los que, más acá en el tiempo, se iba a desatar la guerra con Lorenzetti.

De María sabemos, también, que colecciona lechuzas.

Las primeras le llegaron de regalo a mediados de los años ochenta, cuando todavía ejercía como jueza de menores y jueza penal subrogante. Primero fue la lechuza de semillas que le trajo su hijo mayor de un viaje escolar a la Costa atlántica. Luego llegó una lechuza de cerámica, más tarde otra de porcelana. Una por aquí y otra por allá. Dos, tres, cuando se quiso dar cuenta, tenía decenas. Una vez que se instaló en su despacho del Palacio de Justicia y acomodó sus lechuzas en las vitrinas contra la pared, se dio cuenta de que ya las estaba coleccionando. Fue un descubrimiento, como quien advierte ciertas mañas inconscientes que lleva repitiendo por años. Las lechuzas iban a ser cien, doscientas, trescientas y más, hasta rondar las dos mil. De acrílico. De barro. De lata pintada. De vidrio. De papel. De peluche. De porcelana. De cristal de murano. De plata y hasta de Swarovski. Todavía están allí, a espaldas de su

sillón barroco, observando a los visitantes desde lo alto de las bibliotecas, entre los libros de derecho o junto a la colección de jurisprudencia. Lechuzas, aquí y allá. Algunas compradas en el país, otras en sus viajes por el mundo. Lechuzas diminutas, de tamaño real, lechuzas inmensas. Lechuzas. Aves cazadoras. Protectoras de sus crías. Algunas pagadas, muchas otras como presentes y señales de afecto o agradecimientos, por favores pagados o por pagar. Lechuzas. Se dice que no hay misterio que les sea ajeno. Se dice que viven observándolo todo, con la amplitud total. Y como en la colección de María, hay especies de las más variadas. Lechuzas de cola larga. Lechuzas negras. Lechuzas estriadas. Lechuzas de cresta. Lechuzas de ojos de todos los colores. Pero todas las lechuzas aman la noche. Todas ocultan algo.

Están, además, las otras lechuzas. María también las colecciona. Algunas crecieron de pichones bajo su ala protectora, otras fueron adoptadas en pleno vuelo, las hay compradas o seducidas. Por todos lados están. Abogados, jueces federales, fiscales, comisarios, espías, prefectos, peritos, contadores, diputados, senadores, funcionarios públicos de la ciudad de Buenos Aires y del gobierno nacional. Y lobbyists, a montones. Algunos inventados por ella, otros conquistados. Abogados que llevan y traen mensajes. Políticos que tejen o destruyen a su pedido. Empresarios que arreglan o presionan. Estas lechuzas, a las que iremos viendo en acción, se cuentan de a decenas pero no son permanentes, sino que van mutando al ritmo de las relaciones humanas, siempre tan frágiles, y de los cambios políticos. En el momento

de desatarse la guerra con Lorenzetti, muchas de esas lechuzas anidaban en el gobierno. Un viceministro, un secretario de Estado, un director de la agencia de Inteligencia, un consejero de la Magistratura, un asesor de la mesa chica del Presidente, varios diputados y especialmente una diputada muy pero muy particular. Con seguridad eran muchas más, no podemos precisarlo. Porque una de las claves del poder de María residió siempre en la fabricación de favores que, a su vez, acumulan deudas con nombre y apellido. Por supuesto, la convulsión del nido hizo que las lechuzas se agitaran. ¿Hasta dónde estaban dispuestas a ayudarla? En los meses siguientes María iba a poner a prueba todas sus relaciones y todas sus mañas. Para sobrevivir. Para seguir subsistiendo. Para no perder todo lo construido.

5.

El primer temblor fue la hecatombe electoral del gobierno anterior, el de Cristina Kirchner. Después de conducir al país durante doce años, el 30 de octubre del 2015 el gobierno sufrió una derrota electoral inesperada para los propios y los contrarios. El candidato de Cristina, Daniel Scioli, acabó con poco más de 600 mil votos menos que su rival, Mauricio Macri, hasta entonces jefe del gobierno de la ciudad y líder de la coalición Cambiemos, conformada por su partido de origen, el Pro, junto al radicalismo y la Coalición Cívica de Elisa Carrió. Para María en particular y para los doce jueces federales en general, el cambio de rumbo político significaba una redefinición de sus relaciones extramuros y de todas sus piezas de juego. En pocos lugares de la Argentina importaba tanto el cambio del poder central como en los juzgados federales, acostumbrados a una dinámica que ya iremos conociendo y que de pronto había que refundar. María, nuestra protagonista, el co-

razón a través del que late este relato, sabía que debía reconstruir sus vínculos con la política. Tenía con qué y gozaba de cierta ventaja, porque conocía a Macri desde hacía muchos años y no esperó ni un día para saludarlo. La mañana siguiente a la elección de octubre le escribió un mensaje por whatsapp.

«Felicidades, señor Presidente.»

Un saludo formal, acotado, cuya trascendencia era invisible.

Se habían conocido en el lluvioso otoño del 2003, cuando a María le tocó investigar el secuestro de una jovencita de 19 años que había sido levantada hacia el interior de una Traffic cuando salía de la universidad, en el bajo de San Telmo. Esa chica era Florencia Macri, hija del magnate Franco Macri y hermana menor de Mauricio, que en ese tiempo intentaba sin éxito convertirse en jefe de gobierno de la ciudad de Buenos Aires y ganaba popularidad desde la presidencia de Boca Juniors. María se había hecho cargo del caso, había dirigido la pesquisa de los servicios secretos, había participado de las negociaciones con los secuestradores desde el case-rón de la familia Macri en Barrio Parque. El operativo resultó exitoso. Finalmente Florencia Macri volvió a su casa y su familia se sintió agradecida y en deuda con la jueza y las fuerzas de seguridad que habían ayudado a su rescate.

Se habían vuelto a encontrar dos años más tarde, cuando Macri decidió fundar su primer partido propio, Compromiso para el Cambio, que más tarde sería el PRO con el que llegaría a la Presidencia. Si alguien

quiere crear un partido político con ambición nacional, debe acudir a la Justicia electoral, donde los partidos deben ser reconocidos como tales. Macri, como tantos otros, tuvo que ir a golpear la puerta de María. ¿Cuántas tardes habrán pasado juntos en su despacho del Palacio de Justicia, organizando la documentación necesaria para la creación del partido, revisando los pasos a seguir, rodeados de las lechuzas de porcelana o cerámica o cristal que se iban acumulando? Han sido muchas, según María. O las suficientes.

Felicidades, señor Presidente.

Hasta entonces y desde entonces, el principal puente de María y de la mayoría de Los Doce con Macri era Daniel Angelici, El Tano, íntimo amigo del ahora Presidente, un hombre que había hecho su fortuna administrando un par de bingos y casinos del conurbano bonaerense y que había heredado de Macri la conducción de Boca. El Tano Angelici era todo un caso. Además de fanático de su club, había militado en el radicalismo en la juventud y desde allí, y gracias a su generosa riqueza, había construido una red de lechuzas formidable que lo había convertido en uno de los hombres más influyentes del poder. Su principal territorio de dominio había sido siempre el de la Justicia. Desde uno de los palcos de Boca, rodeado de amigos del campeón, con el talante de saberse un volante central del equipo de Macri, llevaba no menos de diez años decidiendo puestos de jerarquía en el gobierno de la Ciudad y en la justicia porteña. Su influencia entre los Doce estaba también en claro ascenso. Varios de los jueces federales y fiscales federa-

les rondaban su palco presidencial de La Bombonera, le pedían camisetas firmadas por Carlos Tevez o plateas para sus hijos, llevaban y traían firmas para expedientes de más o menos importancia. Mientras miles de hinchas celebraban o sufrían lo que ocurría en el campo de juego, Angelici llevaba años construyendo, con la cobertura de la pasión, un sistema de prebendas silencioso que lo hacía sentirse invencible. Pero María odiaba el fútbol; le parecía cosa de chicos que se negaban a crecer, gozaba de haberlo expulsado para siempre al quedar viuda y desprenderse de los gritos de su esposo, ese hombre que parecía transformarse en un animal salvaje cada vez que jugaba River. A María no podían llevarla a la bombonera. A María había que halagarla de otro modo, invitarla a cenar, acercarle una copa de buen Malbec en un rincón elegante y discreto. En eso llevaban años, María y El Tano Angelici. Cenando e intercambiando figuritas. Gracias al Tano, María había colocado a varias de sus lechuzas en lugares estratégicos. Gracias a María, El Tano había sabido de fallos a punto de salir de su firma. ¿Cómo no iba a seguir ese coqueteo ahora que Macri llegaba a lo más alto del poder?

Felicidades, señor Presidente.